

## CAPÍTULO 3.

### EL PAPEL INTELECTUAL DE ROSARIO CASTELLANOS: RECEPCIÓN DEL CAMPO DE PODER EN LA DÉCADA DE 1960 Y “APOGEO” EN EL CAMPO INTELECTUAL

[...] el pensamiento es uno de los modos más eficaces  
de la acción, y no son tantos los que pueden llevarlo  
al cabo.

ROSARIO CASTELLANOS<sup>1</sup>

**E**n este capítulo analizo la trayectoria de Rosario Castellanos de 1958 a 1968. Éste es un periodo muy singular en la vida de la escritora porque, durante él, su producción literaria fue predominantemente ensayística y se desempeñó en dos instituciones importantes tanto para el campo intelectual como para el campo de poder: la Jefatura de Información y Prensa de la UNAM<sup>2</sup> y el periódico *Excélsior*. Analizar la trayectoria de Rosario Castellanos en estas instancias culturales contribuye a observar: 1) cómo se origina la participación política de Castellanos; 2) la recepción del gobierno sobre la escritora; 3) la oscilación entre el reconocimiento,

<sup>1</sup> Entrevista hecha por Roberto Venegas, en *Diorama de la Cultura*, suplemento de *Excélsior*, 17 de diciembre de 1967, p. 3.

<sup>2</sup> Es indispensable no olvidar que la Universidad Nacional no ha sido nada más una instancia educativa. Larissa Lomnitz sostiene que tiene dos funciones principales: “el desempeño académico y la política”. Asimismo, debe tenerse en cuenta que la Universidad recibía un subsidio del gobierno federal de 95 por ciento de su presupuesto. De modo que la dependencia económica de la Universidad y su inevitable injerencia en el terreno político la involucraban en el campo de poder. Véase Roderic Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo xx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 230-231.

la aceptación parcial y el ninguneo hacia la chiapaneca, y 4) el perfil crítico de Castellanos como una intelectual mexicana. Para poder analizar todos estos aspectos, recuperaré misivas, periódicos y expedientes gubernamentales. Sólo este conjunto de documentos me facilitó entender a la escritora más allá de su perfil de creadora: observarla como una Intelectual mexicana.

### **ROSARIO CASTELLANOS: SU INGRESO A LA JEFATURA DE INFORMACIÓN Y PRENSA DE LA UNAM Y A *Excélsior***

En enero de 1958, Rosario Castellanos regresó a México y se casó con el filósofo Ricardo Guerra. Tres años después, el 22 de febrero de 1961, recibió el nombramiento de Jefa de Información y Prensa de la UNAM.<sup>3</sup> Acerca de su designación, la escritora recordó, el 1 de agosto de 1970, que un día recibió la visita de su amigo Luis Villoro, quien le comunicó que había sido invitada a formar parte del personal de confianza de la Rectoría:

Cuando en 1961 el doctor Chávez fue nombrado por la Junta de Gobierno rector de la Universidad Nacional Autónoma de México yo me enteré de la noticia por los periódicos, porque aunque su nombre me era conocido (¿a quién no?) no lo era su persona. Por eso me resultó una sorpresa absolutamente inesperada que en las primeras semanas de su gestión viniera a verme de su parte Luis Villoro para ofrecerme el desempeño de un cargo: jefe de la oficina de Información y Prensa.

¿Por qué? Alguien (no lo sé con seguridad, aunque lo presumo con fuertes visos de verosimilitud) le había hablado de mis posibles aptitudes para realizar el trabajo.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Véase Departamento de Archivos de la UNAM, Exp. 24287.

<sup>4</sup> Rosario Castellanos, "Ignacio Chávez: el lado humano del genio", en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. II, México, CONACULTA, 2006, p. 537.

El mismo Luis Villoro debió ser quien habló con el doctor Chávez para que pensara en la escritora como una candidata idónea para el puesto. Villoro contaba con el suficiente poder para recomendarla, porque ese año empezó a desempeñarse como secretario particular del rector. Sin lugar a dudas, él debió hablar de las aptitudes que la escritora tenía para desempeñar el cargo, pues conocía a Castellanos desde que eran estudiantes: estuvo presente en su examen de grado y, a diferencia de los críticos literarios que tachaban su obra narrativa de decimonónica, es probable que él estimara el hecho de que Castellanos se fuera a residir y a trabajar al INI de Chiapas para escribir su segunda novela. No es ingenuo hacer tal conjetura sobre su contratación si tomamos en cuenta que la Universidad, desde su fundación, según Roderic Camp, ha participado del proceso de reclutamiento de funcionarios públicos. *En ella se identifica al talento nuevo y en ella se crean camarillas políticas.*<sup>5</sup>

Por eso, la incorporación de Castellanos al sistema universitario fue el comienzo de su incorporación a una labor administrativa, académica y política. Insisto en que de esta connotación se desprende que la Universidad era una institución con un gran potencial político por el hecho de que formaba a intelectuales prominentes y proveía de recursos humanos a la patria.<sup>6</sup> No obstante, es importante advertir que, aunque la escritora manifestó en sus artículos la potencialidad política de la Universidad y el papel que a ella le tocaba desempeñar, usualmente su participación en la misma se menciona nada más como un mérito curricular y no como el inicio de una trayectoria político-cultural.

Casi lo mismo ocurrió con su trabajo en *Excélsior*. No obstante, cabe señalar que, a pesar de contar con una copiosa recopilación de ensayos, pocos investigadores han hablado de la crítica

<sup>5</sup> Roderic Camp, *op. cit.*, 1985, p. 35.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 226-233.

política que Castellanos emitió desde las páginas del periódico.<sup>7</sup> En parte, esto se debe a que el 10 de enero de 1972, cuando la escritora explicó cómo fue invitada al periódico, no enfatizó la importancia política de su labor durante una década tan importante como la de 1960:

Quizá hubiera permanecido eternamente en mi propio limbo a no ser por la intervención de Julio Scherer, quien, a la sazón, no era director de *Excélsior* sino encargado de la sección editorial.

No sé qué vería en el agua cuando la bendijo, pero me solicitó que yo colaborara en la página editorial, posibilidad que me llenó de un pánico tan grande que no hubo otro modo de vencerlo que diciendo que sí.<sup>8</sup>

Las palabras empleadas por Castellanos para explicar las cualidades que la hicieron merecedora de esta oportunidad fueron expresadas con tanta gratitud y sencillez, que se posesionan de toda una experiencia intelectual y la representan como una simple anécdota de vida —rasgo que suele ser característico de los editoriales de Castellanos durante su estancia en Israel—. No obstante, la escritora iba dejando entre líneas indicios de cuánto iba logrando que trascendiera su labor. Por ejemplo, en el instante en que confesó: “Usted se puede imaginar, con lo dada que soy a considerar un hecho lo que no es más que una ilusión, que yo me sentí instalada en el mero cogollo del periodismo”.<sup>9</sup> Existía una gran voluntad de ella de restarle solemnidad al papel de intelectual que solía desempeñar. Con todo, esa presentación sencilla de su persona contrastaba en gran medida con la tenacidad, la

<sup>7</sup> La única investigadora que ha realizado este trabajo es Andrea H. Reyes. Véase *Recuerdo, recordemos. Ética y política en Rosario Castellanos*, México, Universidad Autónoma de Chiapas, 2013.

<sup>8</sup> Rosario Castellanos, “Cada uno en su órbita: el escritor como periodista”, en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. III, 2007, p. 135.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 135 y 136.

fuerza y el alto sentido de diálogo que la escritora sostenía en sus artículos de crítica social. En consideración a su proclividad a no resaltar su importancia, y en respuesta a la crítica que ha valorado su perfil intelectual, debe examinarse con detenimiento su trayectoria de 1958 a 1968. Para realizar dicho examen, como punto de partida recuperaré las palabras de Maricruz Castro Ricalde:

Sus palabras se escucharon, enérgicas, audibles, plenas de ironía, en un tono que no simulaba ser la voz del pueblo o de la intelectualidad más rancia. Su figura, por lo tanto, cuestionaba el modelo tradicional que ubicaba a los intelectuales “dentro” o “fuera” del poder. Si casi todos los miembros de la Generación de Medio Siglo o personajes como Octavio Paz blasonaban, orgullosamente, su independencia del Estado y afirmaban sus posiciones en el exterior del círculo oficial, nuestra escritora mantuvo un pie adentro y otro más allá de tal círculo. Intentó preservar su autonomía y su mirada crítica tanto como evitar asfixiarse con el denso aire patriarcal de uno y otro ámbito. Para ello, se valió de distintas estrategias: en lo que a su escritura se refiere, alternó los contenidos de sus artículos periodísticos, abordando tanto temas en abstracto como otros que acababan de acontecer y, por lo tanto, más comprometedores, al tener que expresar una posición respecto a ellos.<sup>10</sup>

El fragmento anterior pertenece a un artículo más extenso titulado “‘Yo no voy a estar a la merced de ningún imbécil’: Rosario Castellanos y las disputas por el poder cultural”. Retomo este texto, pues da pie a efectuar una importante ampliación. En primera instancia, se debe añadir que casi todos los pensadores insignes del siglo xx participaron en instituciones culturales o administrativas del gobierno. También debe recordarse que el mismo Octavio Paz admitió de manera abierta que era sumamente

<sup>10</sup> Maricruz Castro Ricalde, “‘Yo no voy a estar a la merced de ningún imbécil’: Rosario Castellanos y las disputas por el poder cultural”, en *Signos Literarios*, núm. 7, enero-junio de 2008, p. 98.

difícil que los intelectuales no hubiesen trabajado alguna vez para el Estado. En realidad, cada uno adoptó una posición singular y cambiante frente al gobierno.<sup>11</sup> En segunda, se tienen que exponer las condiciones a las que el campo de poder sometía a las instancias culturales. Sin un panorama de la coerción que el campo de poder ejercía sobre el campo cultural, se corre el riesgo de que algún lector colija que Rosario Castellanos tenía un *pie adentro y otro más allá del círculo oficial* por falta de valentía o, peor aún, por congraciarse con los poderosos. Entonces, lo mejor es preguntarnos: ¿qué margen de libertad tenía Castellanos para publicar? ¿Desde cuándo puede identificarse su participación política en el campo extraliterario? ¿Cómo era percibida por el gobierno? ¿En qué consistió su actividad política? ¿De cuánto poder disfrutó y por qué? ¿Con qué frecuencia escribió respecto a tópicos comprometedores, y qué conciencia tenía de que emitía una crítica política? A continuación comenzaré por responder qué margen de libertad tenían las instancias periodísticas para publicar.

#### LA CENSURA CONTRA LA LIBERTAD INTELECTUAL

Primero que nada, es fundamental recordar que la prudencia de la escritora estaba relacionada con el hecho de que en México, ni siquiera a más de la mitad del siglo xx, la labor del intelectual se había librado del control estatal. Quienes pretendían ser críticos del poder requerían medios informativos que les brindaran un espacio y los cobijaran con su firma. Por desgracia, la radio, la televisión y el periódico no eran medios autónomos, ni legal ni económicamente. Desde 1916 existían leyes diseñadas para sancionar a los periódicos que se atrevían a criticar a las autoridades y al Ejército; luego, en 1946, entró en vigor una nueva disposición

<sup>11</sup> En relación con esto, Octavio Paz decía: “En México, todos o casi todos los escritores, sin excluir a gente que fue la independencia misma como Revueltas y Cosío Villegas, hemos servido en el gobierno”. Octavio Paz, “La conciencia es lo contrario de la razón de Estado”, en *Proceso*, núm. 57, 3 de diciembre de 1977, p. 8.

que facultaba al Estado para prohibir las publicaciones que atentaban contra la paz pública.<sup>12</sup> Ante esa base jurídica, la clase política mejor posicionada no actuaba al respecto, pues ni los poderes de la nación (legislativo y judicial) ni los secretarios de gobierno representaban un verdadero contrapeso democrático.

Entre otros recursos, los poderosos contaban con medios de sometimiento discretos para restringir la libertad de prensa: pago de publicidad, subsidios de papel,<sup>13</sup> y las subvenciones de servicios especiales. En apariencia, existía una base económica convencional, pero, en realidad, su funcionamiento obedecía a los planes represivos del Estado. Cuando un medio se atrevía a transmitir una imagen negativa de las autoridades, sin más ni más los anunciantes dejaban de promover sus servicios y el gobierno denegaba los subsidios de papel. En suma, los medios eran regidos por el tráfico de influencias.

En la vida práctica, el temor a la libertad de expresión y de prensa se extendió al México de 1960 a 1970, décadas en las cuales el servilismo de los periódicos llegó a la autocensura y la delación.<sup>14</sup> A estos casos, Jacinto Rodríguez Munguía los ha llamado *Archivos secretos de la prensa y el poder*. Los denomina así, pues en la actualidad existen en el Archivo General de la Nación (AGN), un conjunto de expedientes que demuestran que la falta de autonomía se debía a que los dueños de los periódicos recibían un financiamiento por parte del gobierno.<sup>15</sup>

<sup>12</sup> Cfr. Roderic Camp, *op. cit.*, 1985, pp. 260 y 261.

<sup>13</sup> La Productora e Importadora de Papel (PIPSA) era la encargada de llevar a cabo esta misión. Se creó por iniciativa del presidente Lázaro Cárdenas y, por decreto, era la responsable de abastecer de papel a los periódicos, lo cual afectó la libertad de expresión. Véase Octavio Rodríguez Araujo, "Periodistas y libertad de prensa", en *La Jornada*, 27 de febrero de 2014, p. 31.

<sup>14</sup> Véase, por ejemplo, el caso de Gabriel Alarcón, director de *El Herald*, en el libro de Jacinto Rodríguez Munguía, *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*, México, Debolsillo, 2007, pp. 109 y 110.

<sup>15</sup> Véase la nómina en donde aparecen casi todos los periódicos en *ibid.*, pp. 348-349.

Aunado a lo anterior, Rodríguez Munguía afirma que, en muchos casos, no eran necesarios la presión, el control de papel ni la publicidad, pues tanto los dueños de los periódicos como los periodistas pagados estaban de acuerdo con las decisiones gubernamentales. Eran los responsables de difundir la idea de que los medios no se sometían a ningún tipo de represión: una suerte de lacayos de la escritura que, en definitiva, le daban la espalda a toda causa social y ponían su pluma a disposición del gobierno.<sup>16</sup> Ante este panorama, es inevitable preguntarse: ¿cómo es posible que en un ambiente corrupto no emergiera el desacato? La respuesta insinuada por Rodríguez Munguía es que existían muchas tentativas de protesta, pero eran detectadas y controladas gracias a los aparatos de inteligencia,<sup>17</sup> los cuales contribuían a estudiar, regular y mantener la fuerza política del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Las instancias encargadas de efectuar estas tareas eran la Dirección Federal de Seguridad (DFS), la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (DIPS)<sup>18</sup> y la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA). Este hallazgo del periodista apunta a que la represión iba más allá del control de los medios de comunicación: existía una voluntad indudable de

<sup>16</sup> Véase, por ejemplo, la declaración de Julio Teisser en *ibid.*, p. 103.

<sup>17</sup> De acuerdo con el Centro de Investigación y Seguridad Nacional (CISEN), la Inteligencia se define como: “Información especializada que tiene como propósito aportar insumos a los procesos de toma de decisiones relacionados con el diseño y ejecución de la estrategia, las políticas y las acciones en materia de Seguridad Nacional. La generación de inteligencia está orientada a conocer con profundidad todos los aspectos relacionados con los fenómenos que representan amenazas y riesgos a la Seguridad Nacional; como lo son las posibles manifestaciones de los mismos, su probabilidad de ocurrencia e impacto, las variables que los componen y la relación causal entre las mismas. Uno de los principales rasgos de la inteligencia es la confidencialidad, lo que permite evitar que la capacidad del Estado para poner en marcha medidas en la materia sea neutralizada”. Véase Centro de Investigación y Seguridad Nacional, “Qué es la inteligencia”, disponible en [<http://www.cisen.gob.mx/cisenQueEs.html>].

<sup>18</sup> Los antecedentes históricos y las paulatinas transformaciones, tanto de la Dirección Federal de Seguridad como de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales, pueden leerse en *ibid.*



frenar cualquier tentativa de rebeldía. Así, las instancias señaladas —en especial, la primera— llevaban un seguimiento (que rayaba en el espionaje) de los actos públicos y publicaciones de empresarios, periodistas, políticos, escritores y cualquier persona que representara alguna clase de peligro para el gobierno; sobre todo, se enfocaban en los intelectuales de izquierda. Sus procedencias eran diversas; entre ellas, destacan algunos servidores públicos de la UNAM, así como dirigentes y colaboradores de *Excelsior*. Llama la atención que entre esas personalidades haya estado Rosario Castellanos, a quien la DFS vigiló y clasificó con la etiqueta de comunista. A continuación, las presentaré brevemente, con el fin de destacar el aspecto que compete a esta investigación: entender la posición que tuvo Rosario Castellanos ante el campo de poder en la década de 1970.

#### **LA RECEPCIÓN DEL CAMPO DE PODER Y LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE ROSARIO CASTELLANOS**

De acuerdo con las notas de la Dirección Federal de Seguridad, resguardadas por el Archivo General de la Nación, la escritora empezó a ser observada en 1959 y fue clasificada en 1960. Al respecto, un infiltrado de la DFS registró que: “ROSARIO CASTELLANOS, [REDACTED], [REDACTED], [REDACTED], [REDACTED] y otros elementos de izquierda”<sup>19</sup> acudirían a una comida con el Dr. Juan Valdés Garbalosa y Lía de la Torriente, encargados de normar las actividades de la Comisión Cubana. ¿A qué se referían cuando llamaban a la poeta *elemento de izquierda*?

<sup>19</sup> Cfr. Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos. Éste es el expediente que el Comité de Transparencia del Archivo General de la Nación integró y clasificó para responder a mi petición de información acerca de la escritora. Actualmente, la misma versión está disponible en el AGN. Decidí copiar las citas con las partes eliminadas de la versión pública (suprimidos con negro) para transmitir con fidelidad los nombres que fueron elididos del expediente y para comunicar lo delicado que sigue siendo hablar de las décadas de 1960 y 1970.

Es extraño que la llamen así tomando en cuenta, en primer lugar, que en la década de 1960 la élite intelectual se distanció de la izquierda porque —como ha quedado dicho en el capítulo uno— la consideraba sectaria e ignorante. Aun cuando Castellanos no se contaba en esa élite, hay que recordar que fue miembro del consejo de redacción de la *Revista Mexicana de Literatura* y que comulgaba plenamente con las ideas políticas antichovinistas de la publicación. Sin embargo, cuando se dice que era de izquierda, es válido equiparar su perfil con el de los intelectuales que demandaban: el cumplimiento estricto de la Constitución, el respeto incondicional del voto, la independencia del sindicalismo y la manifestación efectiva del pensamiento público, entre otras demandas.<sup>20</sup>

La siguiente etapa en la que Castellanos fue vigilada data del 11 de mayo de 1961. En esta fecha, la DFS no debió interpretar su incorporación a la UNAM como el ingreso de una escritora prestigiosa, sino como el arribo de una detractora más del régimen. Considero que se le concibió así, pues los organismos de inteligencia solían supervisar a los posibles rebeldes. Importa mencionar este dato porque, en efecto, los intelectuales —al igual que los políticos— se reunían a partir de sus afinidades ideológicas e intereses. De hecho, cuando Castellanos comenzó a trabajar con el doctor Chávez, sintió una profunda admiración por él y respaldó las acciones emprendidas por su grupo de colaboradores. Además, es muy importante tener en cuenta la *trascendencia* de su trabajo. Ella era la encargada de elaborar un boletín que difundía todas las acciones emprendidas por el rector y de dar respuesta a todas las preguntas de la prensa. Dicho de otro modo, era la responsable de la imagen de la universidad tanto cultural como social y políticamente durante un rectorado especialmente incómodo para el Estado.<sup>21</sup> Obsérvense con atención los

<sup>20</sup> Cfr. Gabriel Careaga, *Los intelectuales y la política en México*, México, Extemporáneos, 1974, p. 76.

<sup>21</sup> En distintos documentos, el doctor Ignacio Chávez dio cuenta de que detrás de los estudiantes “inconformes” con su gestión, en realidad, estaba un

siguientes fragmentos de los informes de la DFS, en los cuales se registró la participación de la escritora:

CUADRO 1: INFORMES DE LA DFS DE 1961

Fecha	Asunto	Fragmento del informe <sup>22</sup>
5/06/61	Universitarios	Se dijo que para contrarrestar lo anterior [el anticomunismo], se elaborará propaganda en los Talleres Gráficos de la Nación, en donde les resultará barato su costo, “ya que cuentan con la <i>complicidad</i> de algunos trabajadores de ese lugar; y en la Imprenta universitaria, en donde son apoyados por ROSARIO CASTELLANOS, Directora de Prensa y Publicidad de la U.N.A.M, LUIS VILLORO, Secretario Particular del Rector y el Dr. PABLO GONZÁLEZ CASANOVA
12/06/61	Universitarios	En la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales se ha venido organizando el Círculo Universitario de Estudios Socialistas, con el apoyo de las Autoridades de la U.N.A.M, especialmente de LUIS VILLORO, Secretario Particular del Rector, MA. ROSARIO CASTELLANOS, Jefe de Publicaciones y el Dr. PABLO GONZÁLEZ CASANOVA, Director de la Escuela en cuestión.

grupo político. Así lo manifestó en su renuncia del 28 de abril de 1966, dirigida a la H. Junta de Gobierno de la universidad, y también se lo comentó a Octavio Paz el 9 de mayo del mismo año: “un rector, las altas autoridades de la Universidad, incluyendo veinticuatro directores de escuelas, facultades e institutos, asaltados, secuestrados y vejados durante siete horas por una turba azuzada por políticos de todo tipo. [...] Hasta ahora sigue la impunidad para los líderes delincuentes, mientras mañana posiblemente les concedan como premio algún puesto en el PRI”. Véase Ignacio Chávez, *Ignacio Chávez. Epistolario selecto (1929-1979)*, México, El Colegio Nacional, 1997, pp. 287-289 y pp. 300-301.

<sup>22</sup> AGN, Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos.

16/06/61	Universitarios	Se tiene conocimiento de que la mayor parte de los gastos que originan las actividades de agitación de los universitarios, serán proporcionados por la embajada de Cuba en México y por Funcionarios Universitarios, contándose entre estos últimos a ROSARIO CASTELLANOS, Jefa de Prensa y Publicidad Universitaria y LUIS VILLORO, Secretario Particular del DR. IGNACIO CHÁVEZ, Rector de la U.N.A.M.
30/06/61	Universitarios	■■■■■■■■■■, ■■■■■■■■■■, ■■■■■■■■■■ y ■■■■■■■■■■, líderes universitarios de izquierda, se han entrevistado con miembros de Organizaciones de la misma ideología, para ver si es posible organizar un Congreso en fecha próxima para pedir en él la libertad de los Presos Políticos. Los propios estudiantes se han reunido con el Prof. LUIS VILLORO y la Srita. ROSARIO CASTELLANOS, Secretario Particular del Rector de la U.N.A.M. y Directora de Prensa del mismo Centro de Estudios, respectivamente, con el objeto de buscar la forma de llevar a cabo dicho acto en "La Casa del Lago de Chapultepec".

A pocos meses de haber asumido el cargo, Castellanos comenzó a intervenir en la intensa vida política de la UNAM. Esta participación puede interpretarse en distintos sentidos; es decir, puede verse como una actividad pasiva, pues al ser responsable de los bienes universitarios tenía la obligación de prestar las instalaciones, por lo que, cuando la DFS afirmaba que Castellanos era *cómplice* de los pro comunistas, caía en la sobreinterpretación. O también puede entenderse como una suerte de militancia silenciosa. No obstante, si vamos más allá del texto y pensamos que los informantes infiltrados veían de cerca las actitudes de los intelectuales, no es descabellado imaginar que se percataban de su aprecio por los grupos de izquierda. Sólo bajo esas circunstancias se entiende por qué se alarmaban de la fundación del Círculo Universitario de Estudios Socialistas.

Ahora bien, es momento de preguntarse desde dónde observaban estos agentes a sus investigados y cuál era la repercusión de sus informes. Da la impresión de que estaban muy cerca de las personas a quienes investigaban. Prueba de ello es que conocían los detalles de los planes, los horarios, las direcciones y a las personas vigiladas. Tal vez no sería riesgoso sospechar que trabajaban en la Universidad, pues tenían acceso a información que parece ser exclusiva del personal de la institución.

No obstante, es necesario mencionar que no siempre los datos eran precisos; en ocasiones sólo difundían rumores, tal como ocurre con el tercer fragmento, en donde se dice que “se tenía conocimiento” de que Castellanos, sus compañeros y los integrantes de la embajada de Cuba patrocinarían las actividades de agitación estudiantil. Esta información, que no aparece acompañada de ninguna prueba, genera desconfianza. Pero, a pesar de ello, exhibe una misma impresión de la escritora: que respaldaba a los grupos de izquierda.

A finales de ese mismo año, el infiltrado comunicó un hecho verídico. Se trataba del pronunciamiento de Castellanos ante la renuncia de diversos funcionarios de la UNAM, quienes, en una muestra de solidaridad hacia Fernando Benítez, renunciaron al diario *Novedades*:

Entre los diversos funcionarios de la U.N.A.M., ha sido motivo de varios comentarios la renuncia que presentaron a la Editorial “Herrerías”, que publica el diario “Novedades”, [REDACTED] y [REDACTED], elementos que en su actuación dentro de la Universidad, se han caracterizado como defensores del Régimen Cubano de FIDEL CASTRO RUZ. Sobre el particular, ROSARIO CASTELLANOS, Jefe de Prensa de la U.N.A.M., manifestó que los intelectuales que se mencionan serán bien recibidos para que colaboren en las diversas publicaciones que se elaboran dentro de la Universidad, principalmente en las que tratan sobre política internacional.<sup>23</sup>

<sup>23</sup> AGN, Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos.

Los subrayados de las notas no permiten saber a quiénes apoyó la escritora. Desgraciadamente, la información acerca de Castellanos se resguarda con mucho celo. De las 40 fojas constitutivas de su expediente, 37 cuentan con elisiones de nombres de personas clave para conocer sus afinidades políticas. Hablo de afinidades políticas porque cobijar a los desertores de *Novedades* implicaba compartir una misma postura ideológica. Además, permitirles publicar en la UNAM equivalía a premiarlos y a ponerlos en contacto con un público estudiantil partidario, en su mayoría, de la Revolución cubana.

Peor todavía: con este gesto solidario, Castellanos ayudó a convertir a la Universidad en un refugio de “rebeldes” y demostró que tenía poder en una de las instancias más importantes del campo intelectual. En este orden de ideas, cabe inferir que su respaldo constante a los disidentes debió motivar a los infiltrados a observarla de cerca para tener plena certeza de su apoyo a movimientos concretos.

Sin duda, el hecho de que hubiera personal designado para escuchar y reportar su actividad política indica que se temía lo que pudiera decir. Quién sabe qué habría procedido en caso de que hubiera tocado explícitamente temas políticos. De cualquier modo, es interesante poner en relieve el criterio de estos censores. Piénsese que su impresión fugaz es representativa de la recepción gubernamental de la narrativa de Castellanos. Es decir, si la política política entendió con tanta simpleza su discurso, debía leer sus novelas con el mismo placer con el que se lee un libro de leyendas.

CUADRO 2: INFORMES DE LA DFS DE 1962

Fecha	Asunto	Fragmento del informe <sup>24</sup>
7/08/62	Universitarios	[...] se tiene conocimiento de que se va a celebrar a las 19:00 Hrs., una Asamblea Similar en el Auditorio “Narciso Bassols” de la Escuela Nacional de Economía en donde intervendrá la Jefa de Prensa de la U.N.A.M., SRA. ROSARIO CASTELLANOS, con el objeto de protestar por la actitud del Gobierno Chiapaneco.
10/08/62	Universitarios	De las 20.15 a las 21.00 horas, la Sra. ROSARIO CASTELLANOS, Jefa de Prensa de la U.N.A.M., sustentó en el Auditorio de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, una conferencia literario-cultural, concretándose a hacer resaltar que “el analfabetismo ancestral en que vive el pueblo chiapaneco es la causa de su atraso”, pero hizo hincapié en que el problema educativo se resolverá con el apoyo de los habitantes de esa Entidad. En ningún momento tocó temas políticos.

En cambio, estoy segura de que sus ensayos políticos debieron llamar su atención. Tal vez así fue, pero la versión pública que la Comisión de Transparencia preparó para dar respuesta a mi solicitud de información no presenta reportes de los editoriales que Castellanos escribía para *Excélsior*. Tampoco incluye informes de los universitarios durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. ¿Por qué? ¿Acaso cambió la actividad política de la funcionaria? No. La actividad política de Castellanos no disminuyó en 1963.<sup>25</sup> De hecho, los informes de la DFS registran que fue Presidenta Honoraria de la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas, formó parte del Comité Mexicano pro-defensa de

<sup>24</sup> *Ibid.*

<sup>25</sup> Tengo la impresión de que pueden existir más informes al respecto, porque en los expedientes de Elena Garro, Elena Poniatowska, y en el segundo legajo de *Excélsior* encontré otros reportes que la mencionan. *Cfr.* AGN, Fondo DFS.

los Derechos Judíos en la URSS y fue miembro de la Asamblea Nacional por la libertad de los presos políticos, así como por la derogación del delito de disolución social.<sup>26</sup> No me detendré a explicar la incursión de Castellanos en estas sociedades para no desviar la atención de los dos asuntos que he ido entretejiendo: la recepción gubernamental y la postura contestataria de Castellanos frente al régimen.

Por tanto, ahora seguiré otro camino para continuar reconstruyendo la recepción y la participación política de la escritora. Me basaré en los testimonios, ensayos y misivas que aportan información acerca de la sobresaliente actuación crítica de Castellanos, misma que, incluso, motivó a Julio Scherer a invitarla a colaborar en *Excélsior*:

[...] invité a las páginas editoriales a *escritores con vida y obra propias*. Fue el caso de Enrique Maza, que creía en el Dios del amor y abominaba al Dios del poder; de Adolfo Christlieb Ibarrolla, presidente de Acción Nacional que peleó contra los demócratas cristianos hasta expulsarlos del partido; de Alejandro Gómez Arias, el orador de la autonomía universitaria de 1929; de Ricardo Garibay, de prosa inigualable, brutal si hacía falta; de José Alvarado, la conmovida y recia unidad entre su vida y sus principios; de Hugo Hiriart [...] *de Rosario Castellanos, directora de prensa de la UNAM con el doctor Ignacio Chávez*.<sup>27</sup>

Al hablar de vida y obra propia, Scherer indica implícitamente que Castellanos no le parecía una escritora menor y que desempeñó con tanta eficacia su puesto en la Universidad que esto le valió ser considerada una editorialista digna de un periódico tan importante para el México de finales de 1960 y principios de 1970. Ahora bien, en el momento en que la autora de *Balún-Canán* se incorporó a *Excélsior*, empezó a asimilar

<sup>26</sup> Cfr. AGN, Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos.

<sup>27</sup> Julio Scherer, *La terca memoria*, México, Debolsillo, 2008, p. 100.



un comportamiento periodístico aborrecido por el gobierno. En relación con esto, Jacinto Rodríguez encontró una nota que señala una serie de circunstancias, comportamientos y aspectos de la línea editorial del periódico que disgustaban al régimen, por ejemplo, negar la evolución de México, estimular un estilo de escritura ambiguo, suscitar la discusión de ideas, dudar de los beneficios adquiridos a partir de la Revolución mexicana, no actuar como un vocero popular y atacar a las instituciones nacionales.<sup>28</sup>

A partir de ese momento comenzó el periodo de “apogeo” intelectual de Rosario Castellanos, pues, en esa época, además de usar las palabras para crear una obra de arte, empezó a emplearlas para entablar un diálogo con un público numeroso, buscar la verdad y ejercer la crítica social. Desafortunadamente, hablo de “apogeo” entre comillas porque no le sirvió a la escritora para ganarse una admiración unánime: siguió oscilando entre el reconocimiento, la aceptación parcial y el ninguneo. En seguida, presentaré dos circunstancias en las cuales se aprecia el inicio de un periodo de crítica política-cultural en cuanto a que denuncia la censura contra la libertad de expresión.

El 11 de febrero de 1965, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística denunció a Oscar Lewis y a Arnaldo Orfila Reynal —director del Fondo de Cultura Económica— por publicar un libro al que tachó de obsceno y denigrante para la patria mexicana. Castellanos estuvo entre los intelectuales que reaccionaron ante esta acusación. Con un tono decidido, imparcial y directo, el 26 de febrero del mismo año, la escritora le dedicó a la Sociedad el editorial: “El mejor de los mundos”. Sin duda, su texto constituía una franca defensa en favor de los inculpadados en un momento en el que aún no habían sido absueltos de los cargos de disolución social, ultrajes a la moral y difamación. El tono de Castellanos era irónico: así ofrecía un panorama parecido al

<sup>28</sup> Cfr. Jacinto Rodríguez Munguía, *op. cit.*, 2007, pp. 130-135.

de Lewis más el agravante de que defendía a un extranjero que investigaba la cultura de la pobreza mexicana:

Desde hace tiempo, y acaso para compensar una actitud anterior excesivamente rigurosa para señalar lo negativo y para restarle mérito a lo positivo, ha venido extendiéndose en México la moda de no quitarse, ni para dormir ni para soñar, las gafas del doctor Pangloss. Con ellas caladas nos recomfortamos, desde que amanece, enterándonos de que la marcha de nuestro progreso es incontenible y que si ayer quedaba todavía un pobre ahora lo hemos convertido en ciudadano próspero; y que si antes nos avergonzaba un analfabeto hoy lo aplaudimos ya presidiendo cultas sociedades.<sup>29</sup>

Al haber empleado esta imagen, Castellanos tomó una posición detestada por el gobierno, pues negó la evolución del país y de sus instituciones —gesto que la igualaba en actitudes a intelectuales tan prestigiosos como Carlos Fuentes—. Enseguida cometió un agravio mayor: se sirvió del lenguaje irónico para cuestionar los lugares comunes de la demagogia. Hiperbolizó el estado de bienestar y pronunció con un tono fervoroso los beneficios que apenas permitían visualizar el pasado.

Como acabo de mencionar, las palabras de la poeta siempre fueron respaldadas por sus actos. Meses más adelante siguió apoyando el movimiento de protesta que se constituyó a partir del despido de Arnaldo Orfila. Su respaldo consistió en asistir a un acto de desagravio celebrado el 18 de noviembre de 1965. Asimismo, se inscribió al grupo de accionistas que participarían en la fundación de Siglo XXI, editorial que —según Arnaldo Orfila— se proponía “rechazar la vulgaridad de la pluma estúpida y burocrática”.<sup>30</sup>

<sup>29</sup> Rosario Castellanos, “El mejor de los mundos”, en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. I, México, CONACULTA, 2004, p. 329.

<sup>30</sup> Cfr. AGN, Fondo DFS, Exp. Arnaldo Orfila Reynal.

En cuanto a la Universidad, a partir de su participación en *Excelsior*, Castellanos aprovechó su espacio editorial para manifestar públicamente su apoyo deliberado a las políticas impulsadas por el doctor Chávez. El 26 de abril de 1966 publicó “Defensa de la universidad. Una vergonzosa pugna”; en este artículo no se limitó a alabar las pertinentes políticas del rector, fue más allá. En el fondo de su discurso —siempre tendiente a la apelación del criterio de otros— no había una simple arenga, había una figura sutil e incisiva, la denuncia:

En nada han pensado los que, con una intransigencia cerril, se empecinan en mantener la huelga. No han medido tampoco la magnitud del peligro que entraña poner su casa inerme a la merced de la devastación de los enemigos; de la falta de escrúpulos de los logreros; de la voracidad de los ambiciosos, de quienes los líderes, los que están dando la cara en esta vergonzosa pugna, no son más que un instrumento que se desechará en cuanto cese de ser útil.<sup>31</sup>

Si no se hubiera tratado de una denuncia, entonces para qué hablar de “logreros, ambiciosos y líderes”. Sin duda alguna, Castellanos preveía la represión venidera del Presidente en contra del sector educativo. Me atrevería a decir que incluso lo identificaba como participante en la destitución de Ignacio Chávez, porque la gestión del doctor había implementado reformas universitarias tendientes a garantizar la capacidad intelectual de los aspirantes. Esto atentaba contra las medidas populistas, impulsoras del ingreso masivo de los jóvenes a la educación superior. Tan segura debía estar del autoritarismo de Díaz Ordaz que no se abstuvo de acusar su comportamiento amenazante el 3 de septiembre de 1966:

En el texto del informe que el licenciado Gustavo Díaz Ordaz rindió ante el Congreso, como presidente de la República, hay un

<sup>31</sup> Rosario Castellanos, “Defensa de la universidad: una vergonzosa pugna”, en *Mujer I*, p. 521.

párrafo que forzosamente había de interesarnos a quienes —de una manera o de otra— pertenecemos al sector aludido. Es el que se refiere a la responsabilidad de las universidades y que puede leerse como la denuncia de una situación indebida y grave, al mismo tiempo, que como una advertencia de que esa situación ha de remediarse:

[...]

Nuestras universidades son autónomas para que los universitarios sean libres dentro de un pueblo que, a su vez, es libre y soberano. Pero libertad es responsabilidad, no desenfreno; libertad es ley, no contra la ley. Y menos todavía en un sistema de derecho que señala los medios para combatir y transformar legalmente hasta la propia ley.<sup>32</sup>

Castellanos no estaba transgrediendo la regla de oro de los periódicos de no ofender al presidente; sin embargo, se esforzó en poner en duda la legitimidad del discurso presidencial. Por eso es extraño que en el expediente de la poeta no haya ninguna nota acerca del respaldo que le dio al doctor Chávez en esos días. Mientras tanto, esta circunstancia especial me motiva a valorar uno de los parámetros utilizados por Roderic Camp para estudiar a los intelectuales: el exilio. Puede sonar exagerado siquiera imaginarla en esa circunstancia; no obstante, sus diferencias ideológicas con el gobierno y las consecuencias de su renuncia a la Universidad apuntan a que no tenía otra opción más que salir del país por un tiempo.<sup>33</sup>

<sup>32</sup> Rosario Castellanos, “Minorías en la universidad: una casta que medra”, en *Mujer I*, p. 581.

<sup>33</sup> Quizá no sea muy desproporcionado hablar de exilio, puesto que, al referirse a su salida del país, dijo “fui a comer el amigo sándwich del destierro”. Véase Virginia Bautista, “Rosario Castellanos (1925-1974)”, disponible en [<http://www.excelsior.com.mx/expresiones/2017/05/27/1165958>].

En México, su principal fuente de trabajo se cerró para ella. El nuevo rector, Javier Barros Sierra,<sup>34</sup> aceptó su dimisión. El motivo pudo ser que respetó el gesto de lealtad y de indignación de Castellanos frente al derrocamiento del doctor Chávez. Por lo mismo, cuando aceptó su renuncia a la letra le señaló: “Contesto su atento escrito de 29 de abril próximo pasado [1966], por el que presenta su renuncia al cargo de Directora General de Información y Prensa, para manifestarle que ha sido aceptada a partir del 1° de junio próximo con la salvedad de que espero nuestra Universidad continúe contando con su valiosa colaboración, aunque en otra tarea”.<sup>35</sup> El mensaje de Barros Sierra es atento y alentador; en contraste, da la impresión de que otras instituciones importantes le cerraron las puertas. Así lo da a entender un testimonio de la escritora, quien apuntó que su renuncia le costó la marginación laboral:

Unos recordarán una anécdota, otros otra. Yo tengo la mía: y se la voy a contar. Acaba de caer, en las circunstancias ignominiosas que ninguno ha olvidado, el régimen del doctor Ignacio Chávez en la UNAM. Yo había sido una muy próxima colaboradora suya y no supuse que mi lealtad debería cesar simultáneamente con mis

<sup>34</sup> El 5 de mayo de 1966, Javier Barros Sierra sustituyó al rector Ignacio Chávez. Uno de los rasgos que distinguieron su gestión fue el apoyo que le brindó al movimiento estudiantil de 1968. Se cree que, sin él, las manifestaciones no habrían cobrado el mismo apoyo. De hecho, poco después de que fue ocupada por las tropas, Barros Sierra declaró que la Universidad estaba de luto, dado que se atentó contra su autonomía gravemente. Con esta declaración se opuso, de manera evidente, a la versión gubernamental que supuestamente pugnaba contra el movimiento impulsado por agitadores extranjeros. La actitud contestataria del rector fue respondida con un conjunto de amenazas, injurias, calumnias y actos difamatorios que ocasionaron que presentara su renuncia el 23 de septiembre de 1968. Su dimisión no fue aceptada y continuó su gestión hasta el 5 de mayo de 1970. Véase Proceso, “El rector Javier Barros Sierra y el 68. ¡Viva la discrepancia!”, en *Proceso*, 28 de julio de 2008, disponible en [<http://www.proceso.com.mx/89585/el-rector-javier-barros-sierra-y-el-68-viva-la-discrepancia>].

<sup>35</sup> Departamento de Archivos de la UNAM, Exp. 24287.

funciones. Lo que debía tener una recompensa, naturalmente. La recompensa fue *que me quedé, como quien dice, chiflando en la loma, sin trabajo porque los que estaban en aptitud de ofrecerme algunos temían malquistarse con las altas instancias* y, ay, Dios, qué pena, ¿qué vamos hacer? Pero fíjate que eso de hacer versos no rinde. No salgas ahora con que al dedicarte a la literatura pensabas que con eso te ganarías la vida. La lógica es la lógica y qué caramba.<sup>36</sup>

El 13 de septiembre de 1966, Castellanos comenzó a dar clases en Madison; impartió las materias de Civilización hispanoamericana y Novela hispanoamericana. En poco tiempo, el buen prestigio y la buena fama de sus cursos ocasionaron que la invitaran a otras universidades. En abril de 1967, estuvo en Indiana y, en Colorado, en junio del mismo año. Entretanto, en México, Ricardo Guerra, su esposo, la ayudó a gestionar su reingreso a la UNAM. De acuerdo con la DFS, el 30 de noviembre de 1966, Javier Barros Sierra aprobó que se exentara a Rosario Castellanos de presentar examen de oposición y se le nombrara titular de la cátedra de Literatura Comparada.<sup>37</sup>

### EL VAIVÉN ENTRE EL RECONOCIMIENTO Y EL NINGUNEO (1967-1968)

Si tomamos en cuenta la represión laboral que la escritora sufrió después de haber apoyado al doctor Chávez, entonces podemos percatarnos de que su estancia en Estados Unidos no se dio, en primera instancia, como producto de un mérito curricular. Es decir, si bien la escritora contaba con el suficiente prestigio para ser recomendada en una universidad extranjera, el viaje no surgió como consecuencia inmediata de su excelente desempeño

<sup>36</sup> Rosario Castellanos, "Académica: María del Carmen Millán", en *Mujer III*, pp. 397-398. El 29 de abril de 1966, la escritora le reiteró su lealtad y solidaridad al doctor Chávez. Véase Rosario Castellanos, "156. De Rosario Castellanos", en *Ignacio Chávez. Epistolario selecto (1929-1979)*, en México, El Colegio Nacional, 1997, p. 293.

<sup>37</sup> AGN, Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos.

docente. Más bien, surgió a raíz del gesto solidario de María del Carmen Millán,<sup>38</sup> quien, como puede apreciarse, no se sumó a quienes contribuyeron a marginar a la escritora después de haber apoyado políticamente al doctor Chávez. Importa reiterar este dato que habla de su posición en y ante el campo de poder. Sobre todo, vale la pena tenerlo en cuenta al momento de recordar que, el 20 de septiembre de 1967, ganó el Premio Trouyet, el cual —incluso, a ojos de intelectuales que conocían su trabajo— fue en detrimento de su imagen.<sup>39</sup> ¿Qué significó este premio en su trayectoria intelectual?, ¿por qué se lo dieron a ella? Respecto a la premiación, la escritora apuntó:

Ayer abro el periódico y leo la noticia, pequeñita, perdida entre un montón de cables: “El premio Trouyet se concede a Rosario Castellanos.” Ah, esto es lo de Yáñez y la entrega va a ser mañana, a las doce en su despacho. Muy displicente, porque qué me duran los premios, leo el texto, muy escueto y de pronto me entero de la cifra. El premio consiste en ¡cincuenta mil pesos! Como soy muy sentimental me puse a llorar *ipso facto*. Entiendo muy bien los mecanismos que movieron a Yáñez, porque no hubo jurado, a elegirme. Hay que parar a Carlos Fuentes y a la ola de niños mafiosos que están creciendo como espuma y que no le son adictos. Pero tampoco hay que crear seres sin necesidad. Y allí estoy yo, que

<sup>38</sup> La académica siempre tuvo en un muy alto concepto a Rosario Castellanos. Cuando la nombraron integrante de la Academia Mexicana de la Lengua, afirmó: “Rosario es quien debería estar en la Academia, pero sus miembros deben radicar en México”. Véase María del Carmen Millán, “Rosario Castellanos. Gran mujer, gran escritora”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, 7-A.

<sup>39</sup> Castellanos le escribió a Ricardo Guerra acerca del primer cuestionamiento que recibió: “¿Sabes quién fue el único que me dijo que si no me avergonzaba de haber recibido el premio por el nombre del donador? El doctor Chávez”. *Cartas a Ricardo*, México, CONACULTA, 1994, pp. 295 y 297. La razón por la que el exrector reprochó al donador tenía que ver con que tenía contacto con uno de los hombres poderosos que lo obligaron a renunciar. De ello da cuenta la información que obra en su archivo personal. Véase Ignacio Chávez, *op. cit.*, 1997, p. 300, n. 89.

no he publicado nada últimamente, lo que me hace inofensiva, y mujer, y Octavio Paz no me quiere, lo que indirectamente le da en la torre y... ya sabes todos los mecanismos. Además yo desde chiquita dije que *Al filo del agua* era la raíz de la novela mexicana contemporánea y además me he portado bien y soy muy decente y no voy a dar lata.

Pero como no creo en el honor ni en los honores, sino en el cheque, estoy de lo más feliz. Además es la patria abriéndome los brazos y dándome una bienvenida que me invita a hacer un viajecito así todos los años. Y, para el currículum, tú sabes lo apantallador que resulta. ¡Qué lástima que no estuvieras aquí para celebrarlo! [...]

Con esto del premio, no sabes qué apoteosis nacional.<sup>40</sup>

A partir de estas palabras, lo único que se puede pensar, inmediatamente, es que Castellanos no creyó en la objetividad del premio para ella, sino que se trataba de filias y fobias entre grupos político-culturales y oportunismos. A su juicio, se había hecho a un lado el juicio estético. ¿Cuánta razón había en ese sentimiento? Pensemos con detenimiento en los juicios que se hicieron en la época en torno al grupo literario denominado *la mafia*. Por un lado, debe aceptarse que algunos de los miembros del grupo, como Carlos Fuentes y Fernando Benítez, además de disfrutar de un gran capital social, poseían un fuerte capital simbólico. Por otro, con igual imparcialidad, debe contemplarse que el grupo abusó de su autoridad: acaparó las páginas de *La Cultura en México* y rechazó los textos de escritores que no coincidían con su mismo gusto estético o con su orientación política.<sup>41</sup> Hasta cierto punto se comprende que, en su calidad de intelectuales hegemónicos, llevaran a cabo la misión de fungir como una instancia de consagración y legitimación cultural. Sin embargo, su labor no se

<sup>40</sup> *Ibid.*, 294.

<sup>41</sup> Véase Agustín Yáñez, "Rosario a Rosario", en *A Rosario Castellanos, sus amigos*, México, Publicación especial del año internacional de la mujer, 1975, p. 49.



comprendió así, porque ese año *la mafia* se comportó, tan sólo, como una sociedad de bombos mutuos que enaltecía *Cambio de piel* (1967) —la novela de Carlos Fuentes—, sin importar que la obra no estuviera en proporción con los objetivos de su autor y que no fuera realmente estimada por otros críticos y escritores mexicanos.<sup>42</sup> Es poco probable que Yáñez no se hubiera formado un juicio al respecto. También es poco probable que se encontrara en el grupo de escritores marginados por *la mafia* y que, por tanto, quisiera detener su fama.

En realidad, el Premio —como ya lo había señalado en el primer capítulo— se creó para galardonar a los más jóvenes. En este caso, los jovencitos de la época eran los escritores de la edad de José Agustín. A ellos era improbable que los premiara Yáñez, pues, según lo que apunta Roderic Camp, el escritor tapatío casi no los conocía.<sup>43</sup> Y, en verdad, casi nadie, además de Juan José Arreola, se interesó en los noveles autores. Incluso Margo Glantz tenía sus reservas para homenajearlos.<sup>44</sup> Si sumamos ese aspecto al innegable hecho de que el campo intelectual mexicano se guiaba por las afinidades político-intelectuales y estéticas, no es extraño que el autor de *Al filo del agua* se decidiera a distinguir a una narradora carente de una sociedad de bombos mutuos y con una propuesta narrativa coincidente con la suya.

<sup>42</sup> Recuérdese que el efecto de bombos mutuos es la capacidad de la crítica para respaldar una misma opinión en torno a una obra. Carballo a veces efectuaba este ejercicio aun cuando los textos que apoyaba no tenían las virtudes que el pregonaba para que fueran respaldadas por otros. Tal fue el caso de su promoción de la novela *Cambio de piel* de Carlos Fuentes. Para observar ese ejemplo ampliamente, véase Jorge Volpi, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. México, Era, 1998, pp. 61-68.

<sup>43</sup> Además, Camp argumenta: “los intelectuales más jóvenes raras veces pueden obtener el patrocinio de los intelectuales más viejos”. Roderic Camp, *op. cit.*, 1985, p. 189.

<sup>44</sup> Véase Patricia Cabrera López, *Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 154.

Ahora bien, dentro del panorama político-cultural que pinta Castellanos, al decir que es una mujer inofensiva, tal parece que se está refiriendo a que ella no hacía una crítica política que incomodara al gobierno. Habría que enfrentar esa hipótesis con el hecho de que, aunque Yáñez pertenecía al *establishment*, investigadores minuciosos como Camp afirman que no hay noticias de que estuviera inmiscuido en actos de corrupción o que pretendiera apaciguar a los escritores disidentes dándoles premios. De hecho, se distinguió por ser uno de los más honrados intelectuales que trabajaron para el gobierno.<sup>45</sup>

En suma, el diagnóstico que Castellanos efectuó acerca del Premio Trouyet estaba bien proporcionado en cuanto a los intereses que se jugaban en su campo cultural, pero el poco valor que le concedieron algunos de *los mafiosos* y Octavio Paz la condujeron a juzgarse con demasiada severidad y a perder de vista, en ese momento, la singularidad de su trayectoria femenina, que nada tenía que ver con ser inofensiva. Enseguida explicaré en qué consistía su valor.

Al margen del menosprecio que caracterizó el trato que Octavio Paz y Emmanuel Carballo le proporcionaron a la obra y a la persona de la escritora, Castellanos se ganó el reconocimiento de intelectuales y de personalidades hegemónicas tanto en el campo cultural como en el de poder. En orden sucesivo, se puede recordar a los personajes que la impulsaron: Ignacio Chávez, en la UNAM; Arnaldo Orfila, en el Fondo de Cultura Económica; Julio Scherer, en *Excélsior* y Fernando Benítez, en *La Cultura en México*. Dicho impulso fue producto del reconocimiento que la autora se ganó, en primera instancia, merced a su obra narrativa. No obstante, da la impresión de que, después de haber recibido el Premio Trouyet, empezó a crecer el estigma de que ella sabía congraciarse con los poderosos.

<sup>45</sup> Véanse Jorge Volpi, *op. cit.*, 1998, p. 411 y Roderic Camp, *op. cit.*, 1985, p. 179.

En torno a ese prejuicio, Elena Poniatowska citó una declaración de José Joaquín Blanco, quien, con un aire sarcástico y despectivo, profirió: “resentida contra la ‘intelligentsia’ mexicana, en sus últimos años buscó en otros espacios el respeto y el reconocimiento que el medio cultural le negaba y cayó en las trampas como la de representar, desmesuradamente, el papel de la Simone de Beauvoir mexicana, adulada y condecorada”.<sup>46</sup> Dicho de otro modo, Blanco puso en duda las preocupaciones de género de la escritora y su ética incorruptible. En respuesta, Poniatowska señaló que el escritor se equivocaba, en primer lugar, porque Castellanos no buscó a los poderosos, los poderosos la buscaron a ella y, en segundo, por decir que se dejó atrapar sólo por el deseo de que la quisieran. Esta explicación es dudosa si tomamos en cuenta que la escritora tenía un juicio bien formado acerca de lo que significaba el poder y de lo que ella representaba en una academia patriarcal. Es decir, desde que ingresó profesionalmente al campo intelectual, en su tesis, tuvo que jugar con el papel de pazguata para solicitar amablemente un lugar en la cultura, estrategia femenina típica y no feminista antes de 1980. Sobre esa misma línea, no debe olvidarse que las mujeres debían hacer grandes sacrificios para ocupar un lugar en el campo intelectual y en el político. Recuérdese, por ejemplo, a Griselda Álvarez, quien básicamente se vio obligada a hacer a un lado a su familia y su vida emocional para conquistar un lugar en el poder y abrirles el camino a otras mujeres.<sup>47</sup> Este trabajo lo realizó en el PRI, y no por eso se le puede tachar de corrupta.

Volviendo a las aspiraciones de Castellanos, éstas nunca fueron político-gubernamentales, como las de la colimense, pero es claro que, si las instancias encargadas de legitimar y consagrar la cultura le cerraban sus puertas, sus textos, su voz y sus aspiraciones

<sup>46</sup> José Joaquín Blanco en Elena Poniatowska, *¡Ay vida, no me mereces!*, México, Joaquín Mortiz, 1985, p. 128.

<sup>47</sup> Griselda Álvarez, *Cuesta arriba. Memorias de la primera gobernadora*, México, Universidad de Colima/Fondo de Cultura Económica, 1992.

culturales debían aprovechar las puertas que le fueran abiertas. Insisto: no debe olvidarse que ella vivió en una etapa en la que no era fácil ser mujer ni ser intelectual en México. *En ese sentido, sobre todo, a partir de este momento hay que empezar a distinguir entre sus estrategias para hacerse tolerable en un campo intelectual dominado por hombres y los momentos de desaliento en los que verdaderamente desestimó su valor.* En relación con esta última idea, es pertinente anotar un comentario de Aralia López González:

[El insistente] “ninguneo” hacia las mujeres era un patrón patriarcal que Rosario Castellanos sufrió desde su medio familiar. Castellanos como tantas mujeres introyectó una pobre autoestima y desvaloración contra la que luchó valientemente a lo largo de su vida con las armas de la búsqueda de la verdad, el reconocimiento, su excelente lucidez y juicio crítico. Rosario Castellanos es un ejemplo de lucha por la dignidad y realización de sí misma y del género femenino al que tuvo plena claridad de pertenecer.<sup>48</sup>

Es fundamental tener en cuenta esta idea para entender el cambio paulatino que la escritora fue experimentando poco a poco hasta proyectar un perfil intelectual más sólido, marcado por su identidad femenina.

Atinente a lo anterior, no está por demás distinguir la autoridad del poder cultural. ¿A qué me refiero con estos términos? Con la finalidad de responder a esta pregunta, retomaré una aco-tación extensa de Patricia Cabrera López:

En México se ha confundido la autoridad con el poder. La primera se gana con talento, constancia en el oficio, legitimidad artística, coherencia y, especialmente, en la segunda mitad del siglo xx, con pruebas de independencia respecto del poder político o económico. Todo ello coadyuva al reconocimiento de un escritor

<sup>48</sup> Este comentario lo hizo la doctora Aralia López González en una conversación que sostuvimos en mayo de 2016.

o un intelectual y se traduce en su capacidad de convocatoria y aglutinación; por supuesto, también acrecienta el valor simbólico de su firma. El poder, en cambio, no requiere cada uno de los atributos de la autoridad y es más tangible. No porque se deposite de modo simple en un individuo —como se cree, ingenuamente—, sino porque bajo la forma de usufructo de un espacio ganado en la red de relaciones con instituciones y grupos poseedores de capital simbólico permite la disposición de recursos para apoyar manifestaciones estéticas afines o negociar la difusión de obras divergentes, siempre con la mirada de reproducir el orden cultural cercano al agente y al grupo con poder. En esa medida el poder (no precisamente de la esfera política) ha sido la piedra de toque del antagonismo generador de proyectos culturales alternativos. Entre ambas categorías se ubica la de hegemonía, referida a la *capacidad de dirección cultural-ideológica* en el seno de una esfera social específica, que en ese trabajo es el campo literario. Sin embargo, no bastan el poder ni la autoridad para ser hegemónico, también se requiere el consenso de los grupos sociales interesados en el ámbito cultural que no se someten a la hegemonía, sino constituyen posiciones opuestas, minoritarias pero activas.<sup>49</sup>

¿En qué rango se encontraba Castellanos? Durante la década de 1960, su trabajo en la UNAM favoreció que acrecentara su legitimidad artística, coherencia crítica y autonomía. Quizá sólo durante su gestión en la Jefatura de Información y Prensa tuvo poder. Es decir, la capacidad de disponer de recursos para apoyar manifestaciones culturales de toda índole, afines o divergentes a sus concepciones estéticas o políticas; como cuando apoyó a los desertores de *Novedades*. A la postre, nunca volvió a tener la posibilidad de dirigir una institución cultural autónoma. ¿Por qué no? Responderé en función de las evidencias. En esta década, los puestos de poder periodístico y editorial les eran asignados a los hombres: Julio Scherer estaba a cargo de *Excélsior*; Arnaldo

<sup>49</sup> Patricia Cabrera López, *op. cit.*, 2006, pp. 28-29.

Orfila, de la Editorial Siglo XXI, y Fernando Benítez, de *La Cultura en México*. Suele confundirse su autoridad con la ostentación de poder cultural, pues, como puede apreciarse, aun con dificultades, su nombre estaba en las instancias más destacadas del campo intelectual. Y, lo más importante, en la década de 1960 el prestigio de Castellanos iba en orden ascendente gracias a su inteligencia y valor —recuérdense los comentarios de Nevares, Batis y Quezada.<sup>50</sup>

Curiosamente casi nadie la recuerda por haber disentido del gobierno. Los críticos y los políticos de su tiempo, después de su muerte, construyeron un sempiterno monumento de la Rosario Castellanos *oficial*,<sup>51</sup> que se bifurca con ternura en dos representaciones literarias: la niña poética de *Balún-Canán* o la dolorosa Dido casada con Ricardo Guerra. Esas imágenes son hermosas y le pertenecen, pero fue mucho más lejos: alarmó al gobierno con sus ideas. Tanto, que las autoridades la comprometieron con hipocresía a callarse; por ejemplo, cuando escribió el editorial “¿Una nueva inquisición?: a este paso, todo arderá en la pira”, el 7 de octubre de 1967, tocante a su oposición a las campañas antipornográficas, el Procurador de la ciudad la invitó a comer para dialogar acerca de los interesantes argumentos que ahí exponía. Al respecto, Castellanos le comentó a Ricardo Guerra:

La comida con el procurador tuvo el resultado [de] que me regalaran una colección completa de las revistas que han recogido. La más audaz es *Playboy*, imagínate. Puras babosadas pero las guardo para que las veas cuando vengas. Yo no vuelvo a hablar de esto

<sup>50</sup> Véase nota 5 en capítulo 1.

<sup>51</sup> También Emily Hind cree que existe una Rosario Castellanos oficial; sin embargo, debido a que algunos de los temas tratados por Hind no se relacionan con el asunto central de esta investigación, prefiero dejar en manos del lector revisar ese texto. Véase “De Rosario Castellanos al hombre Ilustre, o entre dicho y hecho hay un problemático pecho”, en *Letras Femeninas*, vol. 31, núm. 2, 2005, pp. 26-47.

porque detrás hay una serie de *movidas* y no quiero hacerles el juego a estos señores.<sup>52</sup>

Sin embargo, no cumplió por completo su propósito. El 4 de noviembre escribió “Revisemos nuestro mundo: una ‘moral’ ¡viva quien vence!” y el 25 de noviembre de 1967, “El tirano cíclico: la hora de cada hombre”. En esos ensayos habló de los moralistas hipócritas, cuyos hechos eran contrarios a sus prédicas y acerca de los funcionarios públicos prepotentes. ¿Cómo reaccionó el gobierno ante estos gestos de irreverencia? Al parecer no hubo ninguna repercusión ni pública ni privada, lo cual no quiere decir que Castellanos dejó de ser observada por la DFS. El 6 de abril de 1968, este organismo de inteligencia escribió una ficha en la cual la clasificó y resumió su actividad política:

D.F.S. 6/IV/68

ROSARIO CASTELLANOS (*COMUNISTA*).

Primer Vice-presidenta del Instituto de Relaciones Culturales México-Checoslovaco.

Jefa del Departamento de Información y Prensa en la UNAM.

Presidenta Honoraria de la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas.

Tiene contacto con los líderes Universitarios de Izquierda, ayudando económicamente a los agitadores de la UNAM, para efectuar actos de apoyo a la Revolución Cubana.

Tiene contacto con los miembros del Bloque Revolucionario Estudiantil de América Latina.

Tiene contacto con exiliados españoles.

Tiene relaciones con el Dr. [REDACTED].

Ha sido una de las firmantes pro-libertad de presos políticos.

Forma parte del Comité Mexicano pro-defensa de los Derechos Judíos en la U.R.S.S.

<sup>52</sup> Rosario Castellanos, *Cartas a Ricardo*, p. 315. Énfasis mío.

Forma parte del Comité Permanente de la Asamblea Nacional por la libertad de los presos políticos y por la derogación del delito de disolución social.<sup>53</sup>

La posición de Castellanos era muy clara: la llamaron “comunista” por defender la Revolución cubana y por inmiscuirse en causas en contra de la opresión. El balance de este año debió ser determinante para muchos intelectuales; en su caso, sirvió para que no la apresaran. No había nada que demostrara su participación activa en el movimiento estudiantil, debido a que su apoyo fue sólo textual. ¿Por qué?

#### **DESDE LA TRINCHERA DE LA INTELIGENCIA (AGOSTO, 1968-ENERO, 1969)**

Me parece que desde cualquier perspectiva que se adopte del intelectual, siempre se espera que éste se pronuncie ante sucesos relevantes. De Castellanos, una mujer sobresaliente en los ámbitos periodístico y literario, intriga muchísimo que no haya militado en la causa estudiantil. En este contexto, debe afrontarse el interrogante: ¿por qué la escritora no participó activamente en el movimiento estudiantil? Con la intención de responder a esta pregunta, examinaré los principios de jerarquización heterónoma y autónoma en los que se guió la escritora en este periodo.

En cuanto a los periódicos, la línea editorial de *Excelsior* favoreció la publicación de artículos guiados bajo un principio de jerarquización autónomo, de julio de 1968 a septiembre del mismo año, pero, después de la masacre en Tlatelolco, su espíritu valeroso decreció, debido a que el director del periódico recibió la orden expresa de hablar en favor del ejército:

La prensa recibió “línea” para justificar la acción del gobierno y condenar a los estudiantes “que habían disparado contra los soldados”. “Aquella noche”, cuenta Julio Scherer, “en un “telefonema

<sup>53</sup> AGN, Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos.



urgente me había advertido el secretario de Gobernación que en Tlatelolco caían sobre todo soldados y a punto de colgar el teléfono habían dejado en el aire la frase amenazadora “¿Queda claro, no?”.<sup>54</sup>

En definitiva, el diario no podía jugar el papel de David contra Goliat. Tenía que empezar a someterse a un principio de jerarquización heterónoma, pues el dinero que recibía del gobierno y las provisiones de papel de PIPSA lo obligaban a acatar sus órdenes. Pese a todo, su obediencia fue limitada en tanto que dio cierto margen a la duda. El 3 de octubre de 1968, en la primera plana, se citaron las advertencias del Secretario de la SEDENA, Marcelino Barragán; asimismo, se presentó la denuncia de ataques violentos a periodistas de *Excélsior*, y se publicó el atentado en contra de la comunicadora italiana Oriana Fallaci; en cuanto a la sección editorial —ahí se apreciaba un esfuerzo mayor de obediencia—, inició con una nota recatada y conciliadora: “La sangre derramada exige, con dramática vehemencia una reconsideración de rumbos. Porque no es matándonos entre nosotros como habremos de edificar el México que todos —aun dentro de las más acres discrepancias— amamos y deseamos disfrutar en paz”.<sup>55</sup> En las fechas subsecuentes, el rotativo tuvo que seguir midiendo sus opiniones; por lo tanto, no difundió la misma cantidad de editoriales contestatarios que venía publicando antes del 2 de octubre.

Bajo este ambiente represivo, la escritora, quisiera o no, se tenía que subordinar al mismo principio de jerarquización que *Excélsior*, un medio que dependía (haré eco de las palabras de Díaz Ordaz) de “un sistema de derecho que señalaba los medios para combatir y transformar legalmente hasta la propia ley”.<sup>56</sup>

<sup>54</sup> Julio Scherer en Andrea Reyes, *op. cit.*, 2013, p. 123.

<sup>55</sup> *Excélsior*, “Página Editorial. Tlatelolco sangriento”, en *Excélsior*, 3 de octubre de 1968, p. 6-A.

<sup>56</sup> *Cfr.* Gustavo Díaz Ordaz en Rosario Castellanos, “Minorías en la universidad”, en *Mujer* 1, p. 581.

Por ello, es importante preguntarse: ¿cómo aprovechó Castellanos la autonomía relativa que tenía para escribir? Contestaré mediante un cuadro en donde presento una serie de artículos que la autora escribió especialmente para promover una crítica política en torno a la represión, autoritarismo y demagogia durante el periodo más álgido del movimiento estudiantil. La importancia de presentarlo radica en que muestra artículos en donde se aprecia una crítica constante y pertinente en torno al movimiento estudiantil; en ellos se percibe un distinto grado de codificación, que va de observaciones directas a planteamientos metafóricos que apelan al juicio de sus lectores. Después de presentar el cuadro, explicaré cómo se relacionaron estos factores con los principios de jerarquización autónoma y heterónoma.

CUADRO 3: ARTÍCULOS DE CASTELLANOS EN TORNO A LA REPRESIÓN, LA DEMAGOGIA  
Y EL AUTORITARISMO DE ESTADO

Temática	Fecha	Título del ensayo	Público aludido
Autoritarismo	3/08/68	"Arte y vida: o la crítica literaria aplicada"	Autoridades
Reflexiones sobre la palabra <i>patria</i>	17/08/68	"La patria: daños de la demagogia"	Demagogos
Autoritarismo	21/08/68	"La grandeza de la democracia"	Autoridades civiles y militares
Autoritarismo	31/08/68	"Función del diálogo: catarsis y esclarecimiento"	Público y autoridades
Autoritarismo y reflexiones acerca de la palabra <i>patria</i>	7/09/68	"Lepra de este siglo: la CTM inquisidora"	Autoridades gubernamentales
Autoritarismo	21/09/68	"Ni ditirambo ni elegía: Marte en la Universidad"	El presidente Gustavo Díaz Ordaz, las autoridades y los estudiantes
Evaluación del sistema político mexicano	2/11/68	"El mundo de los jóvenes entre la tolerancia y la fuerza"	"Fuerzas" políticas mexicanas

Concepciones acerca de la tarea periodística y el autoritarismo	14/12/68	"Las reglas del juego: para poder hablar en México"	El mexicano conforme y el revoltoso
Autoritarismo y reflexión respecto a la palabra <i>extranjero</i>	4/01/69	"Carta a los Reyes Magos: el rumor vence a la verdad"	Universitarios y público en general

El primer editorial "Arte y vida: o la crítica literaria aplicada", publicado el 3 de agosto de 1968, en apariencia, anuncia el tratamiento de un tópico literario. Sin embargo, el texto recapitula distintos episodios del movimiento estudiantil, pero antes de hacerlo pregunta: "¿Cómo vamos a enfocarlos? [...] desde nuestra especialidad que es la literatura".<sup>57</sup> La autora advierte que no se inclinó a exponerlo desde el punto de vista moral o político porque otros ya habían recurrido a esos enfoques. A mí me parece, más bien, que esta estrategia de escritura responde a una voluntad argumentativa y plástica de ahondar en el sentido. (No debe olvidarse que Castellanos, ante todo, era una poeta y una intelectual y, por lo tanto, nunca dejó de fusionar su escritura con su actividad política.) ¿Cómo? Inventó una especie de contrapunto que le sirvió para confrontar "la vida" (discurso político) con la literatura (discurso estético). Enseguida, y en el transcurso de todo el ensayo, la escritora reprodujo la *versión* de las autoridades de cada episodio del movimiento para, luego, evaluarlo a partir de un criterio compositivo:

Ahora el juicio lo profieren otros. Los que entran en conflicto directo con los jóvenes (granaderos, soldados) son contundentes. Los que se encuentran en esferas más altas tienen un criterio más amplio y más suave. La culpa se adjudica no a los jóvenes (que, al fin y al cabo, no han servido más que como instrumentos) sino de

<sup>57</sup> Rosario Castellanos, "Arte y vida: o la crítica literaria aplicada", en *Mujer II*, p. 146.

plano a los agitadores. A pesar de su número se caracterizan por dos rasgos, uno de ellos fundamental, el otro muy frecuente: son comunistas y extranjeros.

He aquí otra diferencia con la ficción. El novelista se habría atendido al principio de no crear seres sin necesidad.<sup>58</sup>

Nótese la intención de subrayar la facultad de las autoridades de inventar y exagerar. Implícitamente, esta estrategia le sirve a la ensayista para susurrar en el oído de los lectores: “están atentando contra la verdad, están inventando hechos”. Además, al otorgarle a la literatura la facultad de evaluar, sugiere que hasta la imaginación artística tiene límites que respetan la inteligencia de los seres humanos. Por eso, la parte semifinal del artículo es irónica y la final categórica: “los mismos hechos. Son reales y verdaderos, nadie lo discute puesto que responden de ellos *funcionarios ungidos por el voto popular y medios de difusión totalmente independientes*. Lo único que no son, porque no son literatura, es verosímiles”.<sup>59</sup>

En casi todos los ensayos que reuní en este ciclo, observé la misma técnica argumentativa: la existencia de dos valores que se confrontan. Básicamente, esos valores se relacionan con distintas visiones de mundo y distintas formas de proceder. En “Patria: daños de la demagogia”, del 17 de agosto de 1968, Castellanos se esforzó en discernir el uso impropio de esta palabra, uno que dividía a la población en dos:

En los últimos días se ha desenvainado una palabra que, al caer, tajantemente, ha puesto en peligro de dividir lo que es una unidad. Esa palabra es *patria*. Un grupo numeroso y vocinglero ha declarado ser el propietario del monopolio de un bien que, hasta entonces, se había creído común. Ellos realizan, con su conducta, los ideales de la patria; identifican, con sus intereses, los intereses

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 147.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 148. Énfasis mío.

de la patria; defienden con su ideología la ideología de la patria. [...] ¿Y los otros? Muy sencillo constituyen la antipatria.<sup>60</sup>

Proponer la existencia de dos participantes que representen dos visiones de mundo le ayudó a darle distintos giros a una misma idea. Por eso, por medio de la ironía, de un discurso aparentemente ligero y por momentos hasta cómico —cuando se pregunta: “¿No se saborea el mole? ¿No se emborracha con tequila? ¿No baila el jarabe? ¿No desprecia la muerte, porque es muy macho, y se come las calaveritas de azúcar?”—,<sup>61</sup> denuncia el afán del gobierno de querer imponer la idea de que solamente exista un solo tipo de patriota. Uno que no entre en confrontaciones y se limite a sentirse orgulloso de su país y de sus costumbres. Esta idea, enseguida, motiva a la escritora a preguntarse en un tono serio por las condiciones de vida de una población que pareciera ser ajena al México de los patriotas, pues: “no les alcanza el salario mínimo para darse el lujo del mole”.<sup>62</sup> En el fondo, ambas ideas acusan una forma hegemónica de exigir que otros asuman un sentimiento cívico y también denuncian una forma de esgrimir acusaciones en contra de quienes piensan de manera diferente. Además, el paso de un tono gracioso a uno serio permite que la autora proponga su propio concepto de *patria*, entendido sobre la base de la Constitución mexicana. Por ello, al referirse al respeto que debe existir por parte de las autoridades, Castellanos propone que abusar del lenguaje es equivalente a abusar de la ley:

[...] ¿los derechos constitucionales se respetan en México de manera que ningún ciudadano sea despojado de ellos arbitrariamente por quienes tienen el poder? La respuesta es simple: afirmativa o negativa. En el primer caso se miente. En el segundo se niega

<sup>60</sup> Rosario Castellanos, “Patria: daños de la demagogia”, en *Mujer II*, p. 156.

<sup>61</sup> *Ibid.*

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 157.

también la esencia misma de esa patria que con tanta facilidad aflora a los labios de los demagogos como vocablo vacío de su significado más profundo: la justicia.<sup>63</sup>

El atropello constante a las garantías ciudadanas fundamentales propició que la autora de *Balún-Canán* revelara su indignación. El 21 de agosto de 1968, en el editorial “La grandeza de la democracia”, ya no empleó ningún artificio literario. Esta vez anunció que estaba combatiendo —junto con otros— desde la trinchera de la inteligencia, porque: “Pensar libremente es mucho más peligroso que participar en desórdenes callejeros”.<sup>64</sup> Esta convicción la condujo a establecer una lucha racional, la cual la impulsó a recurrir a medios que trascendieran la efectividad de los gritos y las pancartas. En ese sentido, publicar en *Excelsior* era tan peligroso como participar en desórdenes callejeros, según ella lo concebía.

¿Cómo asumió el desafío? Se valió de instrumentos ingeniosos; así, entre más cultos eran sus ensayos, más aspiraban a convencer. Obsérvese, por ejemplo, el texto “Función del diálogo: catarsis y esclarecimiento”, el cual inicia con un lema de Kierkegaard: “la reserva es el principio del endemoniamento”.<sup>65</sup> Con esta frase aforística, Castellanos aspiró a estimular la imaginación de sus lectores y propuso, como cura al ensimismamiento, el diálogo. El desarrollo de esta idea explota una vertiente psicológica en la medida en que la escritora promueve, por medio de interrogantes, la necesidad de examinar las tendencias a subestimar y autosubestimar:

¿Es que despreciamos tanto a nuestros posibles interlocutores que los consideramos incapaces de entender un término exacto, de recibir un mensaje inédito, de asumir la realidad correctamente captada

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 158.

<sup>64</sup> Rosario Castellanos, “La grandeza de la democracia”, en *Mujer II*, p. 160.

<sup>65</sup> Rosario Castellanos, “Función del diálogo: catarsis y esclarecimiento”, en *Mujer II*, p. 161.

y transmitida? [...] ¿O es que nos despreciamos tanto a nosotros mismos que nos consideramos incapaces de escoger un término exacto, de pronunciar un mensaje inédito, de captar y transmitir correctamente una realidad que de antemano habíamos asumido? [...] Proyectamos a los otros lo que padecemos, les atribuimos nuestra ineptitud y los responsabilizamos de nuestra retórica.<sup>66</sup>

Si la subestimación y la retórica funcionan como máscara de la inseguridad o del miedo, en consecuencia, las preguntas de la escritora exponen el temor de los dominadores de ser dominados. Me parece que mi propuesta se refuerza gracias a la argumentación construida en su siguiente editorial “Lepra de este siglo: la CTM inquisidora”, del 7 de septiembre de 1968, en la cual Castellanos lleva a cabo un largo excursus acerca de lo *otro*: esa figura portadora de distintos estigmas (el leproso o el loco), que le ha servido a la humanidad para descalificar al débil o al disidente. Peor aún, le ha valido para atacar circunstancias o comportamientos humanos que asustan o son ajenos a los intereses dominantes. Así, la escritora habla de los inquisidores de su tiempo, la CTM, y de sus adversarios, los “comunistas”. Estas referencias alusivas a la represión gubernamental me conducen a afirmar que Castellanos fue una intelectual genuinamente crítica, que varias veces puso en peligro su “autonomía”, pues —contrario a lo que propone Castro Ricalde con relación a que “Intentó preservar su autonomía” alternando “los contenidos de sus artículos periodísticos, abordando tanto temas en abstracto como otros que acababan de acontecer y, por lo tanto, más comprometedores, al tener que expresar una posición respecto a ellos”—<sup>67</sup> la escritora articuló un mensaje en favor del conjunto de la nación, de los

<sup>66</sup> *Ibid.*, pp. 162 y 163.

<sup>67</sup> Maricruz Castro Ricalde, *op. cit.*, 2008, p. 98.

lectores y de los excluidos sociales, *planteó públicamente cuestiones embarazosas, contrastó y cuestionó los dogmas gubernamentales*.<sup>68</sup>

Volviendo al movimiento de 1968, adoptó un punto de vista imparcial y señaló, con frecuencia y de múltiples formas, la desmesurada reacción del Estado frente a la irreprimible indignación universitaria: “los primeros se apegaron, con excesiva rigidez, al principio de autoridad y los segundos adoptaron un lenguaje que no correspondía al súbdito”.<sup>69</sup> ¿A qué bando se adhirió? A ninguno: a pesar de que ella, igual que los estudiantes, repudiaba la represión y el autoritarismo, tampoco aceptó comportarse como súbdita en un supuesto régimen democrático del presidente Gustavo Díaz Ordaz. Aunque su participación en el problema estaba fuera del sitio de la beligerancia, reprobó la represión y decidió combatirla mediante la manifestación de sus ideas. A propósito de ello, el 21 de septiembre de 1968, se determinó a revelar: “Cada quien su juego. La cólera, y otros estados de ánimo, le sientan bien a Júpiter, no a los míseros intelectuales que no pueden permitirse más lujo que el de la lucidez”.<sup>70</sup> Esta cita revela la postura intelectual que Castellanos quiso adoptar, pues, tal como lo señalé en el epígrafe de este capítulo, la autora creía que no todos tenían la capacidad de pensar de manera objetiva y veraz. Esto de ninguna manera quiere decir que, en el fondo, creyera que el intelectual era ineludiblemente parte de una élite. Como lo mencioné en el primer capítulo, en su opinión, el intelectual no podía entenderse fuera de su sociedad, porque eso le restaba impacto a su obra. Más bien, se imaginó que esa facultad exclusiva de él dependía de la voluntad y el compromiso de colocarse en una posición imparcial y aportarle a la sociedad recursos comunicativos para enunciar la verdad. Es decir, la de

<sup>68</sup> Básicamente, efectuó las funciones que, según Edward Said, lleva a cabo el verdadero intelectual. Véase *supra* p. 23.

<sup>69</sup> Rosario Castellanos, “Ni ditirambo ni elegía: Marte en la Universidad”, en *Mujer II*, p. 185.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 184.



entender los problemas que aquejan tanto a la población como a las autoridades y, simultáneamente, la de emitir un juicio imparcial respecto a las actitudes de los dominadores y de los dominados.

Por lo anterior, llama poderosamente la atención que ella —quien había dado amplias muestras de no ser domesticada por el Estado— no manifestara su indignación ante la masacre en Tlatelolco a la primera oportunidad. ¿Qué ocurrió? ¿El miedo reinante en esos días provocó que decidiera callarse o *Excélsior* no le dio oportunidad de publicar? Las dos opciones eran posibles. Para no precipitarme a responder y no dejar cabos sueltos, recordé que Andrea Reyes —la investigadora y recopiladora de los ensayos de Castellanos—, en una conversación, me comentó que no le fue posible recuperar algunos editoriales debido al estado de deterioro de los materiales consultados durante el rescate de los textos. Entonces, me di a la tarea de revisar los periódicos en el lapso en el que, en apariencia, Rosario Castellanos no escribió nada, pues éstos, en caso de existir, podrían revelar información interesante respecto al silencio de la autora.

Durante mi revisión noté, por un lado, que *Excélsior* cubrió su ausencia, unas veces, con editoriales de tópicos ajenos al movimiento. Sin lugar a dudas, en este periodo, el periódico fue obligado a atenuar la fuerza de su actitud crítica. Quizá, por ello, si bien siguió publicando artículos contestatarios, también difundió notas que cuestionaron la “intransigencia” de los universitarios.<sup>71</sup> De modo que, si tuvo alguna intención de protestar, la frenaron para hacerlo. Por otro lado, me percaté de que el tema de las Olimpiadas, celebradas del 12 al 26 de octubre, acaparó la atención del rotativo y, quizás, obligó a sus colaboradores a

<sup>71</sup> Véase, por ejemplo, el artículo de Pedro Gringoire, titulado “Líderes estudiantiles Intransigentes”, en donde se empeñó en sostener que en México había una auténtica libertad de expresión, y que las autoridades cedían al diálogo no a la insurrección y al tumulto. Véase *Excélsior*, 2 de noviembre de 1968, p. 7-A.

fingir un estado de bienestar y alegría ilusorios. Castellanos no tenía por qué entrar en ese juego. Debió resultarle más digno guardar un tiempo de silencio por la muerte de la democracia y de todos los caídos. Además, su reaparición tenía que ser sentida y prudente porque nadie poseía (ni posee) información completa acerca de la masacre. A propósito de esto, encontré un ensayo —no recopilado por Andrea Reyes— que muestra la respetuosa y sincera reaparición de la poeta. El editorial comienza con los versos de Miguel Hernández:

*... me quiero despedir de tanta pena  
cultivar los barbechos del olvido  
y si no hacerme polvo, hacerme arena...*<sup>72</sup>

Es muy interesante el tipo de olvido sugerido por el poeta, pues indica el anhelo de superar el dolor. En seguida, Castellanos dijo —a modo de justificación— que era imposible pensar en otro tema que no fuera el del movimiento estudiantil. A su juicio, aún había preguntas que responder y circunstancias que aclarar. Esta insistencia de Castellanos en recordar señala una función característica del intelectual: *fungir como memoria y conciencia de la sociedad*.<sup>73</sup> Pero, ¿qué quiere decir recordar? Ya ha quedado anotado que este acto no señala sólo la necesidad de mantener vivo un sentimiento, sino la de esclarecer sucesos y de mejorar. Prueba del sentido que le atribuía al acto de recordar se encuentra en los últimos versos de su “Memorial de Tlatelolco”, en el cual aconseja: “Recuerdo, recordemos/ hasta que la justicia se siente entre nosotros”.<sup>74</sup>

<sup>72</sup> Miguel Hernández en Rosario Castellanos, “El mundo de los jóvenes. Entre la tolerancia y la fuerza”, en *Excélsior*, 16 de noviembre de 1968, p. 6A.

<sup>73</sup> Véase Wrigth Mills en Enrique Suárez-Iñiguez, *Los intelectuales en México*, México, Ediciones El Caballito, 1980, p. 6.

<sup>74</sup> Rosario Castellanos, “Memorial de Tlatelolco”, en *Poesía no eres tú*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 297.

Me parece que la obra de la escritora reitera la importancia de la memoria. Esto tiene una consecuencia inevitable: registró lo que la memoria oficial iba ocultando; así, fue mostrando el atraso de México, las carencias de sus habitantes y la cerrazón de su sistema político. Gracias a este ejercicio, Castellanos entendió que el movimiento universitario era producto de las grandes deficiencias históricas: “Los jóvenes [...] No dejan más que dos caminos: el de la fuerza que ya se ha visto, conduce a callejones sin salida. Y el de la tolerancia que ha de sustentarse en el reconocimiento de que *no les hemos legado —y es culpa nuestra—* el mejor de los mundos posibles”.<sup>75</sup>

Debido a su comprensión histórica, apeló al juicio tanto de la ciudadanía como de los gobernantes, porque, al fin y al cabo, se sabía leída, por lo menos, por el procurador de la ciudad. A los ciudadanos les preguntó: “¿de qué nos ha valido hacer una revolución liberal?”,<sup>76</sup> y a las autoridades les insinuó que con *idílica* paz “se recompensaron los cruentos sacrificios de la Revolución”.<sup>77</sup> Nótese cómo Castellanos fue hilando implicaciones más graves mediante ideas fáciles de entender. Esbozó a un gobierno con rasgos de dictadura. En verdad no había otra forma de entender a un Estado que no toleraba la libertad de pensamiento y acallaba la divergencia basándose en la represión.

Con el propósito de representarlo, en los últimos editoriales de este ciclo eligió imágenes que proyectaban una confrontación criminal entre personas que deberían establecer una relación fraterna. En “Las reglas del juego: para poder hablar en México”, del 14 de diciembre de 1968, departió acerca de la enemistad engendrada por la paternidad y trajo a colación a Layo y a Edipo, entre otros. Esta alusión es una síntesis metafórica del problema que ocupa este ensayo: la relación conflictiva entre autoridades (padres) y gobernados (hijos), en donde la escritora curiosamente

<sup>75</sup> Rosario Castellanos, “El mundo de los jóvenes”, p. 6A. Énfasis mío.

<sup>76</sup> Rosario Castellanos, “Ni ditirambo ni elegía”, p. 185.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 190.

decide no cuestionar la legitimidad del deseo de los hijos de estrangular a sus padres abusivos (autoridad), sino que precisamente pondera las causales del deseo de ponerle fin a un gobierno que atenta contra los ciudadanos. Por ello, Castellanos propuso —literalmente— que la represión a los estudiantes y otros gremios de inconformes gestó el deseo de liquidar el despotismo: “No vamos a discutir ahora si tal pretensión es o no lícita. Vamos a ver si es oportuna y si su surgimiento no ha sido propiciado, estimulado, precipitado, engendrado, en una palabra, por un principio de espíritu inquisitorial que ha venido manifestándose desde hace ya algunos años”.<sup>78</sup>

De hecho, en el último editorial de este periodo, mediante un cliché muy irónico (una carta a los Reyes Magos), reveló, entre peticiones y quejas, los múltiples atropellos, la zozobra y las privaciones a las que los universitarios habían sido sometidos a la fuerza. Con una emoción trágica —transmitida por medio de un gesto sonriente—, la escritora disimuló su reprobación hacia la censura estatal y por fin reveló lo que “las reglas del juego” no le permitían compartir cuando apenas había pasado la matanza:

Vino la sagrada tregua impuesta por las Olimpiadas y después una especie de sonambúllica e intermitente vuelta a clases. Pugnaban entre sí dos tendencias: la conciliatoria que pretendía poner fuera de peligro la autonomía y la libertad de cátedra —que son los pilares fundamentales de la vida universitaria— y la reivindicatoria que contaba y recontaba los muertos, los heridos, los torturados, los perseguidos, los presos.

Aparentemente triunfó la primera tendencia y la segunda fue aniquilada no sin que antes estallaran varias bombas que nos hicieron creer en el advenimiento de la era del terror.<sup>79</sup>

<sup>78</sup> Rosario Castellanos, “Las reglas del juego: para poder hablar en México”, en *Mujer II*, p. 190.

<sup>79</sup> Rosario Castellanos, “Carta a los Reyes Magos: el rumor vence a la verdad”, en *Mujer II*, pp. 212-213.

En conclusión, los editoriales políticos de Rosario Castellanos son una muestra ostensible del cuestionamiento lúcidamente crítico, ético y valiente con el que la escritora se enfrentó a la opinión pública. Su moderación obligada no hace sino reiterar que tanto ella como los medios no podían gozar de una autonomía total porque la estructura legal y política del régimen en turno no lo permitía. Por lo menos, en este periodo —en el que fue servidora pública de la UNAM y editorialista de *Excelsior*—, es imposible pensar que se le haya invitado a incorporarse al gobierno porque era una pensadora muy querida. Por ello, es preciso valorar si una parte de la crítica y el gobierno han forjado la imagen de una Rosario Castellanos oficial o, en otros términos, una intelectual orgánica en caracterización de Gramsci. Entre tanto, esta obra seguirá insistiendo en enfatizar su perfil intelectual, y, en los dos últimos capítulos, intentaré responder qué rumbo tomó la crítica social de Castellanos después de 1968, y qué cambios se aprecian en su producción ensayística cuando fue embajadora de México en Israel.

